

**PRINCIPIOS DE POLÍTICA
APLICABLES A TODOS
LOS GOBIERNOS REPRESENTATIVOS**

BENJAMIN CONSTANT

**PRINCIPIOS DE POLÍTICA
APLICABLES A TODOS
LOS GOBIERNOS REPRESENTATIVOS**

Prólogo de
Edmund Fawcett

Traducción de
Carlos Fernández Muñoz

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
*Principes de politique
applicables à tous les gouvernements représentatifs
et particulièrement à la Constitution
actuelle de la France* (1815)

© del prólogo, Edmund Fawcett, 2018
Publicado mediante acuerdo con Princeton University Press
© de la traducción, Carlos Fernández Muñoz
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: noviembre de 2023

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-126489-4-2
Depósito legal: C-1391-2023

ÍNDICE

PRÓLOGO, POR EDMUND FAWCETT	9
Nota a la presente edición	23
PRINCIPIOS DE POLÍTICA APLICABLES A TODOS LOS GOBIERNOS REPRESENTATIVOS	29
Prefacio	31
1. De la soberanía del pueblo	37
2. De la naturaleza del poder real en una monarquía constitucional	53
3. Del derecho de disolver las asambleas representativas	71
4. De la asamblea hereditaria y la necesidad de no limitar el número de sus miembros	79
5. La elección de las asambleas representativas	85
6. De la condición de ser propietario	105
7. De la discusión en las asambleas representativas	119
8. De la iniciativa	127

9. De la responsabilidad de los ministros	131
10. De la declaración de que los ministros son indignos de confianza pública	157
11. De la responsabilidad de los agentes inferiores	161
12. Del poder municipal, las autoridades locales y un nuevo tipo de federalismo	173
13. Del derecho de paz y de guerra	183
14. De la organización de la fuerza armada en un Estado constitucional	187
15. De la inviolabilidad de la propiedad	195
16. De la libertad de prensa	215
17. De la libertad religiosa	219
18. De la libertad individual	245
19. De las garantías judiciales	255
20. Consideraciones finales	267
Índice onomástico	273

PRÓLOGO

BENJAMIN CONSTANT Y LOS ORÍGENES DEL LIBERALISMO

Benjamin Constant nació en 1767 en Lausana (Suiza), en el seno de una familia hugonote oriunda de Francia. Su madre murió poco después de que él naciese, y su padre, un coronel del servicio holandés, pasó gran parte de la juventud de Benjamin tratando de eximirse de la responsabilidad por la muerte de un soldado, ocurrida bajo su mando durante un altercado fuera de servicio. Por su origen, nuestro autor se parece de manera curiosa a ese oponente silencioso con el que a menudo discutió en sus escritos, otro niño huérfano de madre y con un padre débil pero afectuoso de la cercana Ginebra, un niño que también terminaría convirtiéndose en francés: Jean-Jacques Rousseau. Ambos eran jóvenes inteligentes, y ambos eran protestantes que adoptaron la nacionalidad de un país católico. Ninguno de los dos era religioso de una manera convencional, pero ambos consideraban que la fe, en un sentido amplio, era vital para la humanidad y necesaria para la sociedad. Ambos tenían una erudición desbordante sin ser académicos, aunque a diferencia del polímata y autodidacta Rousseau, nuestro

autor recibió una larga educación formal. En Oxford aprendió inglés, en Erlangen a beber y a apostar y en Edimburgo una importante lección de la Ilustración escocesa: convenía prestar mucha atención al contenido humano de las ideas morales y al contexto histórico de los arreglos políticos.

Constant contrajo dos matrimonios de conveniencia y (quizá en busca de una madre) tuvo varias aventuras con mujeres mayores que él. Una de sus primeras protectoras, Madame de Charrière, comprendió bien su temperamento voluble: «Tan pronto como expresaba un sentimiento», dijo, «ello significaba que estaba a punto de esfumarse». La aventura más larga de Constant fue con la escritora y ensayista Madame de Staël, hija del banquero suizo Jacques Necker, quien había intentado salvar a la corona francesa de la quiebra. Ella fue más firme que Constant en su oposición a Napoleón Bonaparte, pero albergó una perspectiva menos liberal y una comprensión menos profunda de sus tiempos.

A diferencia de Madame de Staël, Constant no tenía dinero propio. Tampoco tenía raíces en el Antiguo Régimen ni estaba marcado de manera compleja por la desaparición de este, como le ocurría al hacendado normando Tocqueville. Nuestro autor trabajó como asistente en la asfixiante corte de Brunswick cuando tenía poco más de veinte años, y ello le convenció de que la autoridad principesca no estaba a la altura de los problemas de su época. Así, no se sorprendió ni se sintió

decepcionado cuando, en septiembre de 1792, un ejército de soldados regulares y de voluntarios reclutados para defender la Francia republicana logró rechazar en Valmy a las desmotivadas fuerzas contrarrevolucionarias del duque de Brunswick.

En los momentos de caos y confusión, Constant tendió a ponerse del lado del orden conservador, solo para arrepentirse poco después. En 1799, ya establecido en París, apoyó a Napoleón y se unió al Tribunado, una fruslería representativa en lo que era por lo demás un régimen autocrático. Pero abandonó Francia dos años más tarde, cuando Napoleón aprovechó el límite de mandato del Tribunado y en su primera rotación se deshizo de sus molestos críticos, incluido Constant. Nuestro autor pasó gran parte de los años siguientes escribiendo un compendio de historia universal de la religión, publicado diligentemente por su esposa después de su muerte. En 1814-1815, durante la Restauración de la monarquía borbónica, Constant respaldó el resurgimiento de la nobleza, esto es, la institución de la Cámara de los Pares, pero pronto retornó a su convicción anterior de que no había lugar para los privilegios nobiliarios en un Estado liberal. Durante los Cien Días, cuando Napoleón regresó de Elba en la primavera de 1815, nuestro autor redactó una Constitución liberal para el exemperador, aunque con pocas ilusiones de que este se apegase a ella si derrotaba a los enemigos conservadores de Francia y recuperaba el poder. Después, du-

rante el Terror Blanco contra bonapartistas, republicanos y protestantes que siguió a la derrota de Napoleón, Constant se pronunció contra los malvados excesos. En la década de 1820, aunque su salud había empeorado, continuó defendiendo objetivos que daban cuerpo a sus principios liberales, unos objetivos que en Francia solo se alcanzarían con seguridad en la Tercera República, después de 1870: profesiones abiertas a los talentos, un gobierno responsable, juicios con jurados, libertad de prensa, separación de Iglesia y Estado, tolerancia religiosa y posibilidad de elegir entre una escuela laica o una religiosa.

Constant creía que estaba surgiendo un nuevo tipo de sociedad, y que esta iba a modificar para siempre la política. Tal sociedad estaba trayendo por sí sola los beneficios del progreso, reduciendo así la necesidad de una reforma activa. Estaba poniendo fuera del alcance las formas más antiguas del gobierno popular, haciendo que la gente afrontase tareas novedosas para restringir el poder indebido. Sobre todo, esta nueva clase de sociedad estaba poblada por un nuevo tipo de persona de carácter desinhibido y expectativas exigentes. Y este nuevo tipo de persona estaba cambiando aquello que se esperaba del Estado y de la sociedad en términos de respeto cívico.

Este nuevo tipo de persona que según Constant estaba cambiando la política se parecía notablemente a él mismo: de carácter flexible, no se dejaba etiquetar y estaba preocupado por su propio mundo privado. Con el

antihéroe de su novela *Adolphe* (1816), Constant creó un espécimen extremo: alguien sin raíces, objetivos fijos ni apegos duraderos, pero que poseía un agudo y distintivo sentido de sí mismo. Como personaje ficticio, *Adolphe* cobró vida no solo de la conciencia que Constant tenía de su propia personalidad, sino también de la astuta observación del mundo que le rodeaba. Los intereses se habían vuelto diversos, escribió nuestro autor, y resultaba cada vez más difícil encasillar o estereotipar a la gente. Por ejemplo, personas de diferentes países compartían intereses que podrían acercarlos más a los extranjeros que a sus compatriotas. En este sentido, el mundo se estaba volviendo cosmopolita. La gente en general odiaba cualquier tipo de interferencia, sobre todo si percibían que con ella se los señalaba injustamente. Cierto es que la gente siempre había odiado la injerencia, pero ahora estaba más dispuesta a quejarse, a enfrentarse a quienes interferían y a exigir que cesara tal interferencia. Más gente tenía dinero. Las personas sabían y leían más. El poder tenía ahora que persuadirlas más que intimidarlas o amenazarlas. La gente tenía la capacidad de replicarle al poder, y así lo hizo.

Constant dirigió su mirada hacia las bambalinas, donde aguardaba un nuevo personaje exigente: el ciudadano privado. Nuestro autor instó al Estado y a la sociedad a respetar a este personaje, a abstenerse de inmiscuirse en sus objetivos vitales y sus creencias más profundas. Constant basó su argumento en la prudencia

más que en unos principios superiores. Es decir, las complejas defensas especulativas de los derechos de todas las personas terminarían dominando el pensamiento liberal mucho más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial. Sería entonces cuando los liberales terminarían aceptando, a menudo de mala gana y tras muchos empujones, que todo el mundo debe disfrutar de unos derechos y privilegios comunes, inherentes a la condición humana. Constant dijo algo menos ambicioso y más limitado: debido a cómo estaba cambiando la sociedad, las viejas formas de interferencia en los intereses y en las creencias de las personas estaban dejando de ser prácticas o efectivas.

En lo que atañe al progreso, nuestro autor parecía confiado. En la nueva sociedad que estaba surgiendo, se podía contar con dicho progreso por varias razones. Los beneficios del mismo fluirían de manera fácil y natural si no se interfería en ellos. La sociedad no necesitaba grandes reformas, porque se estaba reformando a sí misma. Los grandes obstáculos al progreso, en opinión de Constant, eran los intentos de detenerlo o de canalizarlo en determinadas direcciones. En concreto, la experiencia sugería que el conocimiento humano y la vitalidad intelectual aumentaban a menos que se obstaculizase su camino. Las formas dogmáticas de pensamiento estaban desapareciendo a medida que la gente se alejaba de las autoridades en los asuntos espirituales y morales. La guerra y sus adláteres, el despotismo y el imperialismo,